

deudor de quien se la da. Estos san Pablo los nombra, n. *Timoth. 3: Ex his enim sunt, qui penetrant domos et captivas ducunt, etc.* «Destos son los que penetran las casas y se llevan captivas las mujercillas cargadas de pecados, siempre aprendiendo, sin llegar jamás á la ciencia de la verdad.» Importa tanto conocer á estos, que los tres evangelistas san Mateo, san Marcos y san Lucas refieren diferentes señas que Cristo nuestro Señor dió de sus acciones y costumbres, *Matth., 23; Marc., 12; Lucas, 20: Dicunt enim, et non faciunt. Alligant autem, etc.* «Dicen y no obran. Juntan cargas graves é insoportables, y pónenlas sobre las espaldas de los hombres, y no quieren moverlas con el dedo. Hacen todas sus obras para que las vean los hombres. Quieren andar con estolas. Quieren los primeros lugares en las cenas y en los convites, las primeras cátedras en las sinagogas y las cortesías en la plaza. Engúllense las casas de las viudas con pretexto de prolija oracion. Quieren ser llamados de los hombres, maestros.» Da Cristo nuestro Señor á sus fieles señas vivas por donde los conozcan en lo que hablan, en lo que obran, en lo que aconsejan, para cargar á los otros y aliviarse á sí en su traje, en los lugares que afectan, en los banquetes, en las cátedras, en las cortesías con que los saludan, en las plazas, en las casas que visitan y devoran, en el nombre que quieren para sí de maestros, y porque se mezclan en todo y lo quieren todo, se dan las señas de todo y de todas las acciones destos escribas.

El evangelista san Juan no quiso dejar de advertir destos escribas, que discurren como veneno y se difunden como contagio. Reprehendiendo la soberbia de uno destos hambrones de la primacia de la Iglesia, en su epístola canónica 3, dice: *Scriptissem forsitam, etc.* «Hubiera escrito á la Iglesia; empero Diotrefes, que codicia administrar el primado, no nos recibe. Por esto, si viniere, advertiré las obras que hace barullando con malignas palabras contra nosotros, y como si á él no le bastasen estas cosas, ni él recibe los hermanos, y prohíbe á aquellos que los reciben y los expelen de la Iglesia.» Hablar contra el evangelista sagrado con palabras malignas, usurpar la primacia de la Iglesia, no recibir los hermanos, prohibir á los que los reciben y expelerlos de la iglesia, señas son y perfiles que los retratan por otro lado. Previnieron la advertencia contra estos pobres ricos los profetas, y amanecieron el maridaje adúltero de pobreza y riqueza que piden. Miqueas, cap. 2, lo refiere con execración lastimosa: *Vae qui cogitatis invidiá (a), etc.* «¡Ay de vosotros, que pensáis con invidia y obráis mal en vuestros aposentos! A la primera luz lo obran, porque es contra Dios su mano. Codiciaron los campos, y con violencia tomaron y arrebataron las casas; y calumniaban al varon y á su casa, y al varon y á su heredad. Por eso dice esto el Señor: Veis que yo destino mal sobre esta familia; por lo cual no libraréis vuestros cuellos, ni ayudaréis soberbios, porque el tiempo es pésimo. En aquel día se tomará proverbio contra vosotros, y se cantará consusividad cántico de los que dicen: Con desolacion fuimos destruidos.»

Los demás lugares habian dado sus señas y dicho lo que hacen y desean; este dice que lo piensan con invidia

(a) inútil, se halla en el texto,

dia y que obran el mal en sus aposentos, y dice á qué hora; que codiciaron los campos, que tomaron y arrebataron violentamente las casas, como si dijera que su derecho es la fuerza. Y por (1) ultimada iniquidad añade que, despues de arrebatada la casa, calumnian á la casa y al varon y á su heredad. ¡Oh ingenio de la ambicion, hurtar la hacienda y deshonrarla, y á su dueño, porque lo que hurtan estos pobres ricos parezca que lo reciben delincuente para santificarlo! Quitar las casas y heredades á sus dueños y las honras, porque parezca que pues no merecian tenellas, fué justicia quitárselas, y no codicia. Es traicion tan facinorosa, que por eso dice Dios que destina mal sobre esta familia; de que se colige que es familia esta de los escribas pobres y ricos. Amenázalos que no librarán sus cuellos ni ayudarán soberbios. Coligese que estos andan, para asegurarse del golpe, torciendo los cuellos, ya al un lado y ya al otro. Señala el tiempo malísimo, y dice que será el día de su castigo cuando sean proverbio, que se cantará cántico, y que serán destruidos con desolacion.

Mucho dice Miqueas, empero hemos de buscar en Habacuc quién son los que han de hacerles proverbio y clamar contra ellos. Cap. 2, lo dice con estas palabras: *Et quomodo vinum potantem, etc.* «Como engaña el vino al que le bebe, así sucederá al varon soberbio, y no será reverenciado el que dilata como el infierno su alma, siendo él como muerte que no se harta; y congregará consigo todas las gentes y juntará á sí todos los pueblos. ¿Por ventura todos estos no tomarán proverbio contra él, y hablilla de sus enigmas?» Claramente dice el Profeta que se levantarán contra él todos los pueblos y todas las gentes que habrá juntado él mismo.

Bien singular seña es decir que harán hablilla de sus enigmas, que es decir que será enigmas su lenguaje; cosa oscura y que con apariencia y equivocaciones de lo que no es, oculta lo que es. Es la enigma cosa de más primor cuanto menos se acierta, y tanto ser tiene de enigma, cuanto dura de enigma y mentira; y acaba de serlo en acertando la verdad. Esto es cuanto á los que le perseguirán. Y pocos renglones más abajo dice: *Lapis de pariete clamabit, et lignum, quod inter juncturas aedificiorum est, respondebit.* «La piedra clamará desde la pared, y el madero que está entre las junturas de los edificios responderá.» Parece que diga que los edificios que este pobre rico hiciere á costa de todas las gentes y pueblos que juntará á sí, clamarán contra él. Eso es, que aclamarán las piedras», que se introducirán en fiscales. El Evangelio promete estas acusaciones de las piedras, cuando dice: *Si tacuerint, lapides loquentur (b).* «Si estos callaren, hablarán las piedras.» Como el miedo ó la adulacion pueden hacer callar las lenguas, la justicia de Dios hace hablar las piedras. Saben las piedras hablar bien contra el que sabe obrar mal. La venganza de Dios tiene palabras y clamores en las piedras. Dice en el lugar referido Miqueas que pensaron con invidia y obraron mal en sus aposentos. Por eso dice Habacuc que las piedras de las paredes clamarán como testigos de quien fiaron sus obras estos malditos. El proverbio español dice que las

(1) última iniquidad (S.)
(b) Si hi tacuerint, lapides clamabunt, es lo que el sagrado texto dice. Luc., xix, 40.

paredes oyen: dales el refran oídos; añádeles el profeta lengua y voz y clamor. Conviene considerar más delgadamente por qué clamarán las piedras y responderá el madero que está entre las junturas de los edificios. Acordémonos que un lugar del Evangelio dice que penetran las casas, y otro que se las engullen, y otro que deshonran la casa y el varon. Si las penetran, forzosamente harán sentimiento; si las comen, ruido han de hacer las piedras entre los dientes; si las deshonran, responderán por sí y por el varon. Empero es necesario averiguar por qué á estos pobres ricos (1) los ha de responder el madero que está entre las junturas del edificio, y no el varon; y qué obra hace en la casa este madero y qué nombre tiene.

Dejo la diferente leccion rigurosa, siguiendo la Vulgata; y digo que, á mi parecer, el madero que está entre las junturas del edificio son las puertas y ventanas, que están realmente entre las coyunturas de los edificios y son de madera; y digo que á ellas toca el responder á los clamores de las piedras, (2) como á sabidoras de sus entradas y salidas, de sus pasos y de sus acechos, de sus piés y de sus ojos: saben á quién se cierran y á quién se abren, qué luz admiten y adónde miran, son testigos de su comercio. Las puertas y las ventanas saben de día y de noche quién es pastor y quién es ladrón. Cristo nuestro Señor lo dice: (3) «Yo os digo que quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, es robador y ladrón.»

Segun estas palabras, á las puertas y á las ventanas, que son el madero que está en las junturas de los edificios, toca responder quién es pastor y quién ladrón; quién entra por la puerta y quién por la ventana. Para entrar por la puerta se usa de los piés; para subir por las ventanas ó terrados, de las manos. Por eso san Pablo, para decir que habia entrado como pastor por la puerta, y no como robador por las ventanas, habla por sus manos: (4) «No codicié oro, plata vestidos de alguno, como sabéis vosotros mismos, porque para las cosas que me eran necesarias á mí y á los que estaban conmigo, estas manos me lo dieron.» Trabajaba san Pablo con sus manos, por no comer del trabajo de las ajenas; trabajaba por no ser carga con pedir limosna.

Veamos estos pobres ricos, contra quien responden las puertas y las ventanas á los clamores de las piedras, cómo se sirven de las manos, cómo contrahacen con su avaricia la pobreza, cómo entran por las ventanas. San Mateo, 27, nos lo pone delante de los ojos: «Entonces viendo Júdas, que le vendió, que le habian condenado, traído de la penitencia, volvió los treinta dineros de plata á los príncipes de los sacerdotes y á los ancianos del pueblo, diciendo: Pequé entregando la sangre inocente. Mas ellos dijeron: ¿Qué nos toca á nosotros? Miráraslo tú. Y arrojadas las monedas de plata en el templo, se fué, y yéndose se ahorcó con un lazo. Los príncipes de los sacerdotes, tomando el dinero, dijeron: No es lícito echarlo en nuestro depósito, porque es precio de sangre. Mas juntando concilio, compraron

(1) les (F. S.)
(2) y como sabidoras (S.)
(3) Amen amen dico vobis: Qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. (Joann., 10.)
(4) Argentum et aurum, aut vestem nullius concepivi, etc. (Actorum, 20.)
Q-11.

con él una heredad de un alfarero para sepultura de los peregrinos, por lo cual hasta el día de hoy se llama aquella heredad Heredad de Sangre.»

Estos príncipes de los sacerdotes, que dan dineros á Júdas por la sangre del Justo, y con el dinero de la penitencia de Júdas, que se le trae á su casa y se le arroja, compran heredades, son los pobres ricos hipócritas, que dan el dinero para comprar la maldad y le reciben del arrepentimiento del malo, y le emplean en posesiones; y lo que aconsejaron dicen que no les toca á ellos; y si dan dinero, es para heredarlo de la condenacion del que lo recibió; y se justifican con no echarlo en su bolsa cuando lo emplean en heredamientos de sangre. Esta aplicacion aprendí de san Leon, papa. Tales son sus palabras: (5) «¿De cuál corazon es esta disimulacion? La conciencia de los sacerdotes recibe lo que no recibe el arca del templo. Témesse el precio de aquella sangre, de quien la efusion no se teme.»

Conozcamos la hipocresía infernal. Hacen escrúpulo de echar en su depósito y arca el dinero que de su mano recibió Júdas por la venta de Cristo; y no le hacen de habérsele dado porque le vendiese. Pretenden excusarse de darle y volverle á recibir, con no echarle en su arca; empero emplean en posesiones. Estos hacen las ventas y las compras por mano ajena, para que se pierda quien las hace. Son causa de perdicion, y dicen que no tienen culpa en la que ocasionan. Estos se valen del séquito de Cristo contra el mismo Cristo. Ahórcase el ministro que obra la traicion que le pagan, y ellos son herederos de la paga de Júdas y del precio de su maldad. Siempre han sido dolencia de las edades estos pobres y ricos; que, como el Sábio pide que no le dé Dios riqueza y pobreza, ellos piden que les dé riqueza para tener y pobreza para no socorrer con ella á otros pobres, y para pedir siempre con ella á otros ricos. Si los he dado á conocer, no he sido largo; si los he mostrado aborrecibles, no he sido inútil. Muchos malos pobres que se llaman ricos he desconsolado con ellos; quiero consolar al pobre que llaman mendigo.

No hay hombre tan pobre que le falte para vivir, ni pobre á quien no sobre para vivir bien; pues cuanto menos tiene de bienes deste mundo, tiene mejor aparato para los del otro. La fortuna á muchos dió demasiado, mas no hartó. El recibir della es enfermedad, que crece con la misma dádiva. Con lo necesario ruega la naturaleza; lo supérfluo no es caudal, sino demasia; no es hacienda, sino carga. De nada hace Indias quien se contenta con nada. No es poco lo que basta, pues basta poco. Hacienda que da codicia de más hacienda, no es más hacienda, sino más codicia. Lo mucho se vuelve poco con desear otro poco más. Lo que bebe el hidrópico, no le mata la sed, antes le aumenta la hidropesía que le mata. Si algun hombre se contentara con ser muy rico, pudiera llamarse rico; empero pocos se tienen por muy ricos en tanto que ven en otro algo. Por esto en el mundo no puede tener quietud quien tuviere cosa en que quitándose la pueda otro medrar ó enriquecer. Querer coger riqueza con la codicia, es querer coger agua con harnero. En el infierno es pena,

(5) Cujus cordis est ista simulatio? Sacerdotum conscientia capit, quod arca Templi non recepit. Timetur illius sanguinis taxatio, cujus non timetur effusio.

que refieren los poetas; en el mundo locura en que se disfaman los avarientos. La ambición es vaso quebrado, que vacía cuanto recibe; si siempre se está llenando, siempre se está vertiendo. Un cuerpo tenemos, solo, flaco y corruptible, que no le puede fortalecer ni preservar el oro; una salud enferma, á que ni es medicina ni sanidad; una vida trabajosa, á que no es alivio breve, á que no es dilación. Tenemos un alma eterna que no le ha menester para alimento ni para ornato. Si quiere el hombre ser rico, disponga que el oro suba á la patria del alma, que es el cielo; estorbe que baje el alma á la patria del oro, que es lo profundo de la tierra. ¿Quién dirá que esto no es lo que se debe hacer? ¿Quién lo hará? Todos aprobamos lo bueno y todos lo huimos. Sabemos dónde está y en qué la felicidad y la verdadera riqueza, mas no caminamos á ella. El hombre cuando nace, solo trae necesidad de cuanto ha menester para vivir. La naturaleza le da el sustento, que ni puede buscar ni pedir, y en creyendo que le puede recibir y pedirle, desconfía de la naturaleza y sigue á la fortuna. Nada falta al que se contenta con lo necesario, al que se contenta con lo que á otros sobra, con lo que otro desprecia, con lo que le dispensa la caridad por la limosna. Si llamas pobreza no tener con que sustentar muchos criados, considera que naturaleza te dió un cuerpo, y no muchos; no te debe más alimentos que para uno. Si te afliges porque tu aposentillo no es grande palacio, considera cuánto espacio del sobra á tu persona y dejas desocupado, y le darás gracias por lo que te sobra, y no quejas por lo que te falta. Si te congojas que estás pobremente vestido, acuérdate que naciste desnudo y que á las sedas y bordados del rico en su postrera hora sucederá una mortaja, con que hablará de contentarse, y que su heredero condenará la peor sábana para que le envuelvan. El año, cuando se muestra mal acondicionado con el frío ó el calor excesivo, no se enoja y enfurece con la pobre lana ni se mitiga cohechado con el oro. Muchos remiendos, uno sobre otro, son de tanta defensa como una tela sobre otra; no son tan rica defensa, empero son más barata. Más abriga al pobre la costumbre de no tener abrigo y de padecer las heladas, que al poderoso las pieles de fieras. Más calificadamente se ahorra el pobre con lo que desecha otro hombre, que el rico que se ahorra de lo que desecha un lobo ó un gimio. En muchos aquella piel no muda de fiera, aunque muda de lobo. Dirás que tu comida es desazonada, que comes lo que no se guisó para tí; y padeces engaño, que tu hambre sazona para tí cuanto los cocineros guisan para los demás. Ella te adereza lo crudo, te multiplica lo poco, te hace agradable lo austero. Fáltale algunas veces el alimento al pobre, y entonces es medicina la falta. Pide, y no le socorren: el rico pierde la cosa más bienaventurada, que es el dar, y el pobre la menos, que es el recibir. Cristo nuestro Señor lo dijo: *Beatius est magis dare, quam accipere*, «Más bienaventurada cosa es dar que recibir (a).» Siguese que el rico que da menos, menos bienaventurado es que el pobre. Tener y no dar es culpa del que tiene; pedir y no alcanzar es mérito del que pide, y siempre es culpa del que no da. La pobreza es hastío de todos los vicios y peca-

(a) Act., xx, 35.

d.s. Todos huyen del pobre, cuando el pobre no huya dellos. El adulterio y el homicidio y la gula y la soberbia se gobiernan por el precio, se andan tras el oro, se facilitan con el caudal. Cuando su inclinación sea mala para apetecer los vicios, su miseria es buena para que los vicios lo desprecien á él. Verdad es que el pobre no tiene aduladores, empero tiene ocasión de serlo; no teme ladrones, empero teme por ladrón. De todo esto se asegura el pobre que está contento de serlo. Santa es la pobreza alegre. Mas ¿cómo siendo alegre y santa será pobreza? La mayor vileza de los pobres es el pedir; empero no los condenó á pedir quien mandó á los ricos que les diesen lo que les sobra. Si les dan el socorro antes que se le pidan, son fieles y liberales; si aguardan á que se le pidan, pagan apremiados lo que deben; si lo niegan, son ladrones de lo que guardan.

La hipocresía, que pretende dar buen color á la codicia, dice que el pobre no puede favorecer á nadie; que es gran bien hacer mucho bien, y que se ha de buscar la riqueza para hacer bien á muchos. Esto dicen para buscarla y en tanto que la buscan; y en hallándola y poseyéndola, nada de lo que dicen hacen. Estos, en decir que el pobre no puede hacer bien á nadie, mienten. El pobre á todos hace bien: á sí el primero, porque la pobreza tiene bien ordenada caridad; luego hace bien á todos los ricos, á quien da ocasión de mérito y de ganancia en los cambios de la gloria. Hácele seguro su tesoro, multiplícale eternamente, ocasionalé el buen uso de sus riquezas. Solamente lo que se da al pobre se asegura de fuego y de ladrones y de todas las venganzas de la fortuna, porque aquellas dádivas que recibe el pobre las paga Dios. ¡Gran dignidad la del pobre, tener por pagador de sus deudas á Dios! Más pidió Cristo con mandar que les diesen á los pobres, que ellos para sí. Cristo á todos llamó á lo mejor. El llamó al rico que estaba en el banco, para que fuese pobre. El aconsejó que fuese pobre al príncipe, dando su riqueza á los pobres. El dijo que con él se hacia lo que se hacia con cualquier pobre. El nos enseñó que el rico que no quiso dar al pobre una migaja de pan en la tierra, le pidió desde los infiernos una gota de agua, estando el pobre en el seno de Abraham.

En la gentilidad, hasta los poetas pusieron en el infierno al rico avariento; y fué pena infernal la avaricia para la impiedad: eso representaron en la sed de Tántalo en medio de las aguas y la hambre con la fruta que le alborozaba los labios, cuando una y otra le burlaban huyendo. Virgilio, entre otras pestes, puso en el umbral del infierno la torpe pobreza: *Et turpis egestas*. Empero no dijo que la pobreza, por ser torpe, era aparato de la condenación, sino que aquella pobreza que era torpe, lo era. ¿Cuál cosa más torpe que la que no halla lo que (1) tiene? y esa es la del rico avariento, que en las aguas no halla bebida, que nadando se abrasa, que en la fuente se muere de sed. Puede ser que moralmente y á la letra sea yo el primero que haya dado luz provechosa á este lugar.

El angélico doctor santo Tomás, en el opúsculo que intitula *De la erudición del Príncipe* (2), tratando de los que no se contentan con no dar á los pobres, y les

(1) tiene, y esta es (F.)—tiene? Esta es (S.)
(2) lib. 4, cap. 6.

quitan (á quien (1) llama *raptos*), dice: (2) «Podrá el diablo justificarse el día del juicio con la comparación de los arrebatadores, diciendo: Señor, yo afligí á aquellos que te habían ofendido; empero estos arrebatadores robaron y afligieron á los que no lo merecían.» ¡Temerosas y grandes palabras son! Prosigue esta amenaza en el cap. 7: (3) «Si se condena quien no da lo que tiene á los pobres, ¿qué sucederá á quien les quita lo que tienen?» San Juan Crisóstomo, en la *Oración de avaricia*, da esta doctrina ejemplificada: (4) «Si Lázaro no habiendo recibido alguna injuria del rico, solo porque no gozó de lo que era suyo, le fué acerbo acusador, ¿de qué defensa se valdrán aquellos que, además de no dar de lo que tienen, quitan también lo ajeno?» Infinitos más son los que están en el infierno por lo que quitan á los pobres, que por lo que no les dan. La perfección cristiana es quitar de sí para darles. No puso Dios á los ricos y poderosos encima de las cabezas de los pobres y humildes, porque le son más preciosos, sino porque le guarden lo más precioso. Diga esto el angélico Doctor en el mismo opúsculo, lib. 1, cap. 1: (5) «Frecuentemente por la utilidad de los súbditos se pone uno en tal estado antes que por la suya, y el fieltro se pone sobre los demás vestidos por (6) la conservación dellos; no por su bien, no por más querido, sino antes porque él solo se llueva.»

Dios nuestro Señor guarda los pobres con los ricos; de fieltro quiere que los sirvan. Pónelos encima de la humildad de los pobres, no para que se defiendan, sino para que los defiendan. Aquel es buen fieltro que no deja pasar las inclemencias del tiempo en nieves, (7) lluvia y granizos al vestido que cubre. Aquel es buen rico que defiende de la desnudez, hambre y sed al pobre que le trae sobre su cabeza. Sea pues el consolado y el defendido el mendigo; sea el combatido y el defensor el poderoso. Este trabajo para que el otro descance.

Nació el mendigo pobre, vivió pobre y murió pobre. Tuvo menos, tiene menos de que dar cuenta y menos que dejar. Vivió como nació y como había de morir. Fué solo una persona. Conoció por madre á la naturaleza; no padeció por madrastra á la fortuna. Fuera de la vida no tuvo qué quitarle la muerte. Murió con lástima de todos y sin albricias y regocijo de herederos. Enterráronle los ascos del olfato, los melindres de la vista, los horrores de la imaginación, si faltó caridad en los vecinos. Enterráronle sin pompa, empero sin quejosos ni acreedores. Fué la tierra, sin mármoles y bultos, cubierta y no carga. Careció de epitafio (que también tienen su soberbia los sepulcros y su vanidad los muertos); empero no temerá la segunda muerte en los blasones de su memoria, que acallarán los días, (8)

(1) llaman (Z. B. F.)
(2) *Poterit diabolus se justificare comparatione raptorum in die iudicii, dicendo: Domine, ego illos solos affixi, qui te offenderant; sed raptos isti illos deprædaverunt, et afflixerunt, qui non meruerunt.*
(3) *Si enim damnantur qui sua pauperibus non distribuunt, quid fiet illis qui bona eorum auferunt?*
(4) *Si Lazarus nulla affectus injuria à divite, etc.*
(5) *Frequentur propter utilitatem, hasta deturpetur, etc.*
(6) la conversacion de ellos; (S.)
(7) lluvias (Id.)
(8) y borraré (Id.)

que borraré el tiempo. No gastará en desvanecer sus gusanos con túmulos magníficos lo que debía gastar en acallar el gusano de su conciencia. Aguardará el pobre el postrero día sin presunción. Por eso el Señor (así lo dice David, salmo 71) (9) «juzgará los pobres del pueblo y salvará á los hijos de los pobres y humillará al calumniador.» Y luego da la causa: «Porque libraré al pobre del poderoso, y al pobre que no tenía socorro. Perdonará al pobre y al necesitado, y salvará las almas de los pobres. (10) Redimirá de las usuras y de la maldad sus almas, y delante del será honrado su nombre.»

Este sí es epitafio eterno, que vive en la presencia de Dios, sin que le gasten en las losas los pasos de las horas. No se sabe dónde estuvieron los sepulcros de infinitos monarcas, en que consigo enterraron con los gastos excesivos las provincias exhaustas. ¿Qué pues se sabrá de sus huesos, que perdidos de la locura de sus pirámides, peregrinan vagos en (11) polvo desconocido? Dura el grito de las locuras de Alejandro, del furor de (12) Cambises, de los delirios de Jérges, de la fiereza de Neron, de los vicios de Calígula, de la malicia de Tiberio, de la ambición de Julio César, de la temeridad de Anibal, sí; empero de sus cuerpos no hay ceniza, no hay polvo que dé noticia á los curiosos. Desprecíense en los metales viles sus retratos, y en los preciosos se venden por la codicia. ¿De qué pues sirvió la suma riqueza? ¿De qué; pues no ha podido defenderlos del olvido, ni rescatar las urnas en que se guardaron desatados en hogueras? De Midas se sabe volvia oro cuanto tocaba, y juntamente que á puro oro murió de hambre. ¿Quién será aquel que llamará rica esta muerte, y no miserable y pobre, pues si dejara de volver en oro una cebolla (pobre y humilde mantenimiento) viviera?

El santo y maestro Job es el ejemplo del buen pobre y del buen rico. Hízole riquísimo y poderoso Dios; y viendo que sabia defender su inocencia de los peligros de la prosperidad, le solicitó él mismo la persecución y pobreza, sabiendo que quien fué humilde siendo rico, sería constante siendo pobre. Veamos cómo fué rico en sus propias palabras, cap. 29: «¿Quién me dará que me vuelva á aquellos tiempos en que yo era favorecido de Dios, cuando resplandecía, como el sol, su gracia sobre mi cabeza, y á su luz adestrado caminaba seguro en las tinieblas; como fuí en mi adolescencia, cuando secretamente Dios se dignaba de habitar en mi tabernáculo, cuando el Omnipotente me asistía, y yo estaba cercado en torno de mis criados; cuando la abundancia y fertilidad de mis ganados era tanta, que pisaba la manteca, y las piedras me eran manantiales de oleo; cuando salía á la puerta de la ciudad, y en la plaza me (13) erigian trono? Veíanme los mozos y escondíanse de vergüenza; y los viejos, levantándose, estaban en pié por respetarme. Los príncipes callaban, y sellaban su boca con su mano. Detenían los capitanes generales su voz, y de turbados se les pegaba la lengua al paladar. El atento que me oyó me bendecía, y me eran testigos los que estaban presentes: y esto porque había defendido

(9) *Judicabit pauperes populi, et salvos faciet filios pauperum: et humiliabit calumniatorem.*
(10) Redimirá dellas usuras (Z.)
(11) el polvo (S.)
(12) los Cambises (Id.)
(13) erigian (Z. B.)

al pobre que gritaba y el pupilo que carecía de favor. Caía sobre mí la bendición del que estaba pereciendo, y consolé el corazón de la viuda. Vestíme de justicia y adornéme, como con ropa y diadema, con mi juicio. Fui vista al ciego y piés al tullido. Era padre de los pobres, y la causa que no sabía, diligentemente la investigaba. Quebraba las quijadas á los perversos, y arrancábales la presa de entre los dientes. Decía: Yo moriré en mi nido y multiplicaré mis días como la palma.»

Estaba Job en el muladar cuando en estas palabras pronunció la historia de sus riquezas. Lo primero dice que Dios (4) lo favorecía, que habitaba con él, que le asistía (2) su luz y que con ella andaba por las tinieblas. Esto refiere primero que sus acciones, porque se vea confiesa que lo que tuvieron (3) bueno procedió de Dios y de su gracia. Dice que le honraban con trono en la plaza, que los mozos con respeto se retiraban de su presencia, y que los viejos por veneración estaban en pié, que callaban los príncipes y los capitanes; y esto dice que no lo hacían porque era rico, sino porque con la riqueza defendía al pobre, amparaba al pupilo, y con el socorro granjeaba la bendición del que estaba en el peligro postrero; consolaba el corazón de la viuda, y se vistió de justicia; fué ojos al ciego y piés al cojo, fué padre de los pobres; quebrantó las quijadas á los perversos y arrancóles la presa de los dientes. ¿Cuándo rico tan fiel y tan humilde y tan reconocido á la bondad y omnipotencia de Dios? ¿Cuándo se vió riqueza tan bien empleada? Más encareció Dios estas alabanzas, pues dijo á Satanás, cap. 1: «¿Por ventura consideraste mi siervo Job, y que no hay varon semejante á él en la tierra?» Inmensa estimación es la de un justo, pues Dios sumo y eterno Señor de todo, se precia y blasona de tener un criado entre tantas criaturas, «simple y recto y que le teme y se aparta de mal.»

Para ver la dignidad y aprecio de los méritos de la pobreza, basta considerar que para premiar Dios un rico, canonizado por su propia boca por incomparable, echó mano del medio de hacerle pobre en el mayor extremo que pudo maquinarse la invidia del demonio y recibir la vida del hombre. Dios premió á Job con hacerle pobre el haber sabido ser rico, y Job conoció á Dios el haberle hecho rico con saber ser pobre. Job fué más pobre que rico, porque pudo ser más rico y no pudo ser más pobre. Faltóle la hacienda, faltáronle los hijos, fuéle persecución la mujer, fuéronle acusación y escándalo los amigos, faltóle la salud; era unas llagas animadas, población de gusanos; albergábale con horror y asco un muladar; parecía vivir por desprecio de la muerte, no por duración de la vida, que ya extrañaba en su cuerpo la corrupción de los cadáveres; solo se le detuvo en la piel el alma, y en ella la paciencia. Habíanse conjurado contra él ladrones, fuego del cielo, terremotos y huracanes. No dijo que había perdido nada, sino que lo había pagado á quien se lo dió: «Dios lo dió, Dios lo quita; como Dios quiso así se ha hecho; sea el nombre de Dios bendito. Desnudo nací del vientre de mi madre, desnudo volveré á él.»

En esta respuesta con tres razones se desempeñó de lo que dijo Dios que era, mostrándose «varon simple y

(1) le (F. S.)
(2) y su luz, que con ella (Z. B. F.)
(3) de bueno (F. S.)

recto», cuando dijo: «Dios lo dió, Dios lo quita.» Esto es simplicidad y justicia, confesar que de sí no tuvo algo, y que todo era de Dios, que cobró lo que había dado. «Temeroso de Dios», cuando dijo: «Como Dios quiso, así fué hecho.» No quejarse del fuego, ni del viento, ni del terremoto, ni de los ladrones, reconociéndolos por cobradores de Dios y reverenciéndolos como á ministros de su voluntad, es temer á Dios con temor de hijo, que respeta con alegre obediencia lo que le quitan sus criados por orden de su padre. «Que se aparta (4) de mal», cuando pidió que «fuese el nombre de Dios bendito;» pues es cierto que no se puede apartar (5) de mal quien no pidiere que sea bendito el nombre de Dios. Todo el bien está en que sea santificado el nombre de Dios: la primera petición es de la oración del Señor, después de llamarle Padre nuestro; con que ajusto mi explicación. Debe pues el pobre ser simple y recto, temeroso de Dios y apartado de mal; virtudes en que está la verdadera riqueza. A este tal faltanle los ganados, la casa, los hijos, la salud, la mujer y (6) los amigos; empero no le hacen falta: quédale el conocimiento que tuvo cuando los tenía de que no era suyo lo que tenía. Mirase en el estiércol, con el séquito de gusanos con que los vivos ven con horror en las sepulturas á los muertos, y no se admira, antes los tiene por compañía más fiel que á la hacienda y á los hijos y á la mujer y á los amigos, pues cuando todos le dejan, ellos le asisten: antes le hacen compañía que agravia. Bendice á Dios, que lo permite; no maldice á los que lo ejecutan.

Job supo qué cosas eran bienes y qué precios tenían todas las cosas. Supo lo que vale el temor de Dios, la justicia y la simplicidad, y que esta no es moneda con que se han de comprar otras cosas ni darse por ellas, sino por ellas todas las demás. Fácilmente dió al pobre el alimento con su hacienda, consuelo á (7) la viuda, amparo al huérfano, socorro al oprimido, y libertad al que era prisionero de los dientes del tirano. Empero no le pudieron obligar Satanás, ni su hacienda, mujer, hijos y amigos, ni su propia salud y vida, á que gastase algo de su paciencia, de su desengaño, de su constancia ni de su verdad.

¡Oh cuán al contrario entienden y platican esto la hinchazón de los ricos y la ignorancia de los que no saben ser pobres! Aquellas cosas solas pensamos que vendemos, por las cuales recibimos dinero; y de balde llamamos lo que adquirimos dándonos á nosotros mismos. Llamamos caro lo que nos cuesta mucho dinero; y como nos cuesta poco dinero, llamamos barato lo que nos cuesta nuestras almas. Las cosas que no quisieramos comprar si por ellas nos pidieran nuestra casa, nuestra heredad, nuestro jardín, nuestras joyas, esas compramos con ansia y con peligro á trueque de nuestra conciencia, de nuestra paz y de nuestra libertad. Da el hombre la quietud por una venganza, la libertad por un oficio, el alma por un gusto; y como no le cuesta hacienda, dice que nada le costó. Síguese que el malo y el necio no tiene á su parecer en sí cosa más vil que á sí mismo, ni cosa que valga menos; pues por lo que se da á sí mismo, dice que (8) da nada. ¡Dichoso aquel que no será culpado en esta mercancía! No puede

(4) y (5) del mal (Z. B.)
(6) sus amigos; (S.)
(7) las viudas, (Id.)
(8) nada da. (Id.)

ser rico quien da lo precioso por lo vil. No puede ser pobre quien compra con lo vil lo precioso. Este es el modo de adquirir riquezas y conservarlas: guardar las del alma, y repartir y dar las del cuerpo. Y pues quien conserva y guarda aquellas cuando le faltan estas es rico, bienaventurado es el pobre que lo fué por no dejarse comprar del oro, del puesto, del séquito, del regalo y de la vanidad. Sucederá lo que á Job, que le dió Dios riquezas grandes para que las despreciase, y suma pobreza para que la estimase sumamente; y porque estimó la pobreza extrema, le restituyó duplicado cuanto había perdido. Quitóle lo que tenía, y porque se lo volvió con reconocimiento, se lo volvió con multiplicación. ¿Quién dudará que Dios socorrerá al pobre, si Dios y hombre lo mandó y encargó tan repetidamente?

Sea fin á mi discurso lo que será fin para el castigo en el fin del mundo.

Cristo Jesus dice por san Mateo, cap. 25, tratando del juicio final: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os está aparejado antes de la constitución del mundo. Tuve hambre, y (1) distesme de comer; tuve sed, y distesme de beber; era huésped, y me albergastes; estaba desnudo, y me vestistes.» Y porque los que siguen la interpretación de Júdas en el unguento de la Magdalena no acomodasen su malicia con achaque de los pobres á su provecho y usura, replicarán los justos: «Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; te vimos con sed, y te dimos de beber; cuándo te vimos peregrino, y te albergamos; ó desnudo, y te vestimos; cuándo te vimos enfermo y en la cárcel, y te visitamos? Y respondiendo el Rey, les dirá: De verdad os digo, cuantas veces hicistes eso con uno de mis hermanos los más mínimos, lo hicistes conmigo.» ¡Oh gran dignidad del pobre! ¡Oh inefable valor de la pobreza! Que el día del juicio la última irrevocable sentencia, ya en favor, no dará otra causa á la salvación eterna sino el haber socorrido al pobre el mendrugo de pan, el jarro de agua, el albergue, el vestido y la visita; y (2) sentencia de condenación eter-

(1) distesme...albergasteis...vestisteis... (S. constantemente.)
(2) la sentencia (Id.)

DESPRECIO.

TERCERA FANTASMA DE LA VIDA.

AL DOCTOR DON MANUEL SARMIENTO DE MENDOZA,
canónigo magistral de la santa iglesia de Sevilla (a) (4),

Don Francisco de Quevedo Villegas.

Si despreciar el mundo, señor don Manuel, no solo es bueno, sino santo, ¿cómo podrá ser malo ser despre-

(a) Fué natural de Burgos, hijo de ilustres padres, hombre de erudición y doctrina. Celebró Justo Lipsio con el mayor encarecimiento á don Manuel, cuando regia con aplauso la famosa universidad de Salamanca. Disfrutó muchos años la canongía magistral de Sevilla, y murió por los de 1630. Hacen especial mención

na no se fulminará con otras razones, sino con no haber dado al pobre estas sobras y estas cosas de tan poco valor. El propio Evangelio lo dice: «Entonces dirá el Rey á los que estuvieren á su mano siniestra: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está prevenido para el diablo y sus ángeles. Tuve hambre, y no me distes de comer; tuve sed, y no me distes de beber; era huésped, y no me recogistes; desnudo, y no me distes vestido; estuve enfermo y preso, y no me visitastes.» Dice el texto sagrado que replicarán los malditos lo que los justos, mas con diferente conciencia, y dirán que á él nunca le vieron con hambre ni sed, peregrino, desnudo, (3) enfermo y preso; y el Rey responderá que vieron á los pobres, y que en el menor dellos lo despreciaron á él y le negaron todo lo referido.

Si esta doctrina del postrero día del mundo platicasen políticamente los reyes todos los días, castigando por desamparo suyo el del menor de sus vasallos y premiando por beneficio propio el socorro, lograrían todos sus días en buen juicio, y el postrero del juicio le esperarían favorable. Por esto dijo san Pedro Crisólogo: «Da la comida, da el hospedaje, da el vestido, si quieres tener á Dios por deudor, y no por juez.» Alentémonos pues los pobres, viendo que en el postrero tribunal nuestro socorro dicta sentencia de gloria y pronuncia salvación, y nuestro desamparo sentencia de condenación y de penas eternas. Contentémonos con que Dios reciba lo que nos dan. Contentese el rico con que Dios le premie con su gloria lo que nos dió.

He sido mucho más largo en consolar la pobreza que fui en consolar la muerte, porque aquella aflige toda la vida y cada hora y cada momento, pásase y padécese infinitas veces; y esta sola una vez es forzosa á todos, y universal, lo que no es la pobreza. Si no he conseguido mi intento (á lo que fácilmente me persuado), la pobreza del ingenio y de los estudios y de la virtud me disculpará con la misma pobreza, que por faltarme todas estas partes, queda quejosa de mi doctrina. Jesucristo nuestro Señor dé á vuesa merced su gracia y larga vida, con buena salud. Madrid, 4 de setiembre de 1635.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

(3) y preso; (S.)

de él Gil Gonzalez Dávila en su *Teatro eclesiástico*, don Nicolás Antonio en su *Biblioteca*, y Ortiz de Zúñiga en los *Anales de Sevilla*.

(4) Si despreciar (F. S.)
(5) primera (S.)

entrar en religion; mas no con tanto mérito como entrando en ella. Grande precio añade la obediencia sobre la voluntad. El mundo cuando desprecia al que le desprecia, en lugar de vengarse, le asegura si es cuerdo, le fortalece si es bueno. No puede despreciar el mundo quien no se desprecia á sí; y quien se desprecia á sí, estima que todo el mundo le desprecia. Hoy, que escribo las alabanzas del desprecio, sentiré el ser tenido en poco; y esto por la desautoridad que ocasiona al crédito de lo que escribo.

Mucho espíritu tiraniza al hombre verse despreciar de otro hombre, porque sabe que la naturaleza, el nacer y el morir no desigulan á uno de otro. Nosiente menos que el que puede haga más caso de otro que de él. Padece invidia rabiosa que le enajena y enciende en ira impetuosa; porque la ira es parto fecundo del desprecio. Así lo dice Plutarco, libro de *Refrenar la ira*. Así lo enseña Homero en el principio de la *Iliada*, pues dice que la ira pernicioso é implacable de Aquiles resultó de ver que Agamenon le despreciaba, quitándole á Briseida, que era el premio de sus vencimientos; por lo cual Aquiles solo se queja de que le despreciaba.

Si el desprecio no es estimado y venerado del que se ve en él, no solo es vientre de la ira, sino de cuantas abominaciones puede engendrar en la flaqueza humana con desenfrenada licencia la ignorancia.

Afean el desprecio los malos nombres con que le infaman los ambiciosos. Llamam al despreciado, hombre de quien no se hace cuenta, de quien no se hace caso; vulgarmente dicen que le tienen en poco, que no es bueno para nada. Si la locura hace esta cuenta, prerogativa es que no haga cuenta del despreciado. Si la fortuna hace el caso, seguridad es que dél no le haga. Si es la soberbia quien le tiene en poco, eso poco le vale mucho. Si la nada para que no es bueno, es la ambicion y vanidad, á quien el sábio llama nada, nada tiene tan bueno como no ser bueno para nada. Si el sábio y el bueno despreciados miran á los que los desprecian, conocerán que los llaman lo que ellos son, (1) que los dan el nombre del desprecio que ellos padecen con nombre de estimacion.

Dividamos el desprecio antes de definirle, que de otra manera incurriremos en confusion. Dos géneros hay de desprecio, uno por inutilidad y defectos propios, y este es castigo del que le pasa; otro por defectos ajenos y mal intencionado conocimiento de los poderosos, y este es premio del que le padece, y ejercicio de la virtud. El que se desprecia á sí y desprecia al mundo, sabe ser despreciado. Despreciar el mundo y sentir ser despreciado del mundo, es ser más soberbio que el mundo. Despreciar el mundo para ser (2) despreciados dél, es ser perfectos. Muchos saben despreciar, pocos ser despreciados. Muchos desprecian el mundo, pocos se desprecian á sí. Los hipócritas quieren ser tenidos por gente que desean ser despreciados, empero no que los desprecien. Desprécianse para que los estimen. Dicen que son los más malos, porque los tengan por los mejores. Llámense viles, porque no se (3) los llamen. Son tales, que los castiga quien los cree. Desprecio negociador de estima es mohatra de

(1) y que les (S.)
(2) despreciado de él, (Id.)
(3) lo (F. S.)

condenacion. ¡Oh cuán grande es el número de fulleros en la virtud, que se llaman despreciados, siendo despreciadores! Quien tiene más de lo que merece, porque no le dan más de lo que desea, dice que le desprecia quien (4) lo cura. Infinitos tienen por menosprecio propio la estimacion ajena, y dicen que los desprecia quien los dió mucho, si no se lo dió todo. Estos despreciados son infinitos, porque cada hombre destos es (5) muchos despreciados cada dia. O no se ha de dar y hacer bien á otros, ó ellos se han de tener por despreciados. Estos, como no tienen número, no tienen remedio. No trato de consolarlos, sino de huir dellos.

Quien desprecia las cosas para que lo precien los hombres, es loco, y solo consigue su intento del que lo es. Desprecia en publico lo que adora en secreto; tiene por premio el aplauso de los que lo ven; págase del ambicioso; y hace más caudal de los testigos de su hipocresia que de la verdad de su conciencia. Estaba el cínico en la mejor hora del dia, y en medio del mayor concurso del pueblo, enterrándose en polvo y afeándose con lodo; vió el divino Platon, y describiendo su maña, dijo: «Idos todos, y no se mortificará. Dejalde solo, y dejará descansar los muladares que inquieta revolcándose.»

Hay un género de desprecio soberbio, y es este con que Diógenes se burlaba de los ojos populares. En estos tiene más presuncion la basura que el oro. Merecen asco, y solicitan admiracion. Ninguna cosa produce peor soberbia que el desprecio fingido. Lo primero, desprecian la verdad y la conciencia, y las advertencias divinas, y luego los juicios y entendimientos de todos. Son ladrones del premio de la virtud, encubridores de la impiedad facinorosa. Hacen que la humildad, toda sagrada, sirva de máscara á la arrogancia, toda sacrilega. Hacen embusteros los instrumentos de la penitencia. Son estos muy peligroso escándalo, porque es dañoso creerlos y temeridad juzgarlos. Solo es seguro cautelarlos por aparentes, y tratarlos con sospecha de lo que no se ve y de lo que pueden ser. Más se ha de temer en estos la falsificacion que en las joyas y en la moneda. No se ha de fiar del toque, á quien burlan las muchas hojas; es menester limarlas para reconocer el alma de plomo.

Hay otra alquimia del verdadero y santo desprecio, que tiene pobre y desacreditado el comercio del mundo. Esta es la negociacion ambiciosa. No hay mayor ni peor ni más mal (6) entretenido negociante que el desprecio político. Este es artífice de aduladores y fabricante de tiranos. Muchos con el desprecio han escalado los puestos, las dignidades, el poder, y á veces los imperios. Invencion suya es el ruin en honra. Es ganza que no dejan de la mano los que pretenden. Es escala, de que se valen contra sus señores los que sirven; tan engañosa, que por donde parece que bajan, suben. Las cortes y los palacios serán mis historias y mis textos, y cada uno en su casa con su familia me será testigo.

Ninguno se desprecia más que se desprecian los aduladores y lisonjeros á sí propios; y solo es más despreciado dellos el que los cree. El adulador se deshace

(4) le (F. S.)
(5) de muchos despreciado (Id.)
(6) entremetido (B. F.)

los sentidos y las potencias, él se ciega para ver los defectos del poderoso. ¡Raro ingenio de la malicia, cegarse para cegar! Si el príncipe es pequeño, ó le añade la estatura llamándole mediano, ó hace reprehensibles las que no son (1) diminuidas. Si es tuerto, dice que le agracia la lision, y le compara con la vista del dia. Si la calva le tiene la cabeza con la desnudez que se sigue á la hambre de la sepultura, acusa por brutalidad los ornamentos del cabello. Si las facciones le burrajean la cara, en lugar de formársela, dice que tiene semblante perfectamente varonil, y culpa la benignidad apacible de los aspectos hermosos. Si la corcova le hace montuoso el talle, y fragosos el pecho y las espaldas, ó se introduce en jibado, por valerse de la imitacion, ó le califica por señas favorables los promontorios. Si el color del rostro es asustado ó difunto, se vale de una filosofia espuria, para persuadirle que lo aciago es apacible, y todo se ocupa en desentenderse de que él tiene ojos ni el príncipe entendimiento. No hace menor desprecio de sus oidos cuando las necedades que le oye las aclama sentencias, y las locuras advertimientos. ¡Oh cuánta saliva desperdicia en las exageraciones, que fuera más bien empleada en ascos! No contento con deshacerse en la parte corporal, se desprecia más rematadamente en las potencias del alma. Si el señor es avariento, le llama pródigo; si perdido, magnánimo; si mentiroso, político; si impio, sagaz; si cruel, justiciero; si blasfemo, afectuoso; si disoluto, entretenido; si cobarde, prudente; si gloton, robusto. Cuanto el príncipe hace mal, él lo hace peor. Confiesa que no lo puede ni sabe hacer, y dice que aprende de lo que se escandaliza. Estos tales solo desprecian más que á sí al que engañan con despreciarse. Estos son con cola, como la (2) linterna, que alumbrá al que la lleva y no la ve, y encandila al que en ella pone los ojos. Son como la lombriz del anzuelo, que viste de un gusanillo las lengüetas, para que despreciando su pequeñez el pescado, abriendo la boca al alimento, la (3) cierre á la prision.

Los pretendientes exceden á estos en el desprecio: desaparecen en la profundidad de las reverencias, agonizan la habla, y con voz desahuciada más pronuncian cuitas que razones. Traen la vista arrastrando por la tierra, y no hallan dignos los ojos de su cara de otra puntería que la de las suelas de sus zapatos. Ocupanse en levantar lo que se cae, en enfadar los rincones de las antecámaras, para adquirir conmiseracion. Estudian semblantes angustiados, gestos y meneos mendigos; requiebran á todos los criados de los ministros; introducen en limpiaderas contra las motas y pelusa de los ferreruelos de los porteros, y en las casas de los príncipes no hay (4) telaraña segura de sus capas. A nadie llaman, que ellos no respondan. Nadie se sienta, á quien no lleven silla. Nadie sale, á quien no precedan con candelero. Compiten con la miseria humana en acompañar á todos. Deshácese para que los hagan. Bájanse para alcanzar. Hacen preciosa su vileza, pues con ella hartan á los desvane-

(1) disminuidas. Si tuerto dice que le agrada la lision, (S.)
(2) linterna (Id.)
(3) cierra la prision. (Z. B.)
(4) telaraña (Id.)

cidos la hambre de sumisiones; porque su soberbia juzga por suficiente el que con menor menoscabo suyo los adora, alimentando su ambicion de bajezas negociadoras. Sea la verdad juez, y determine cuál es más despreciado, el que mañosamente se desprecia para despreciar á otro, ó aquel que se vende á tan vil precio, neciamente defraudando el premio y el puesto á la severidad inocente de los méritos. No se valen de otras artes los que llaman atentos y mañosos, ya pretendan, ya sirvan; contagio y epidemia que inficiona los lugares magníficos. Verifícase en los tramposos del valimiento con sus señores. Estos tienen la vida de los sueños, que dura en tanto que duerme la cabeza de que se apoderan, y en cerrando los ojos, empiezan á fabricar apariciones, ya medrosas, ya entretenidas, sirviendo de juguete y de embeleco á su ociosidad. Hácenlos el celebre teatro de ilusiones, y autor de comedias la fantasia, donde representan los sentidos fábulas y marañas. Para adormecerlos el letargo se valen del desprecio propio que afectan, en que disimulan operaciones de beleño; y advirtiendo que el trabajo es enemigo del sueño, los persuaden que es indigno de su grandeza, y que toca á la servil condicion y bajeza del que sirve. Con esto se apoderan de los negocios y cuidados, y los encaminan por el descanso (5) el sueño. Desnúdanlos y acuéstanlos para que á oscuras empiece la farsa de sus embelecios á apoderarse de su modorra. Si se desprecian ó le desprecian, pregúntelo á los sucesos, que no callan la verdad ni la disfrazan.

Más hemos dicho que escrito destos hipócritas de su mismo menosprecio, porque en estas materias se entiende más que se lee; y las palabras pronuncian al juicio lo que callan al oído, razonando sin voces con la consideracion, porque no tenga la culpa de todos los advertimientos la pluma.

Llegado hemos al verdadero y santo desprecio, y al docto que vace preciosamente despreciado. Consolele, no (6) porque lo ha menester, siendo bueno y sábio, sino porque lo han menester los que, siendo bueno y sábio, lo desprecian. Es noble y valiente, es docto y virtuoso, es benemérito por experimentar, y modesto y humilde. Ve gobernar los ejércitos al cobarde, cuya sola valentía fué el caudal con que compró el generalato. Ve al idiota de letras y de virtudes establecer sobre los inocentes por ley su ignorancia en los tribunales. Ve al incapaz, á quien solo el manejo de las maldades y la abundancia de las mentiras introdujeron, apoderado en los mayores ministerios, escogido para la conciencia de los delitos. Hállase sin premio, sin asistencia, sin estimacion, derribado en el más encarecido menosprecio. ¡Tendrá, señor don Manuel, por esto razon de afligirse y quejarse?

Claudio, doctísimo poeta, y culto con felicidad, no solo dice es justo que se afija el benemérito despreciado, sino que con desesperacion se lamenten los que le ven despreciar. El lo hizo con elegantísimo arrojamiento, empezando con este dolor el primero libro contra Rufino. No haré españolas sus palabras en versos, porque desatados sus números, se mezclen más con la prosa que escribo: «Muchas veces trujo dudosa mi

(5) al sueño. (S.)
(6) por lo que lo ha menester, (Z. B. F. S.)